

Los amigos de fuera que hoy nos quieren, confían firmemente en nuestra capacidad de triunfar

España ante el mundo

Una buena parte de la incomprensión y el desconocimiento que acerca de nuestro drama se tiene en el extranjero, obedece sin duda a la falta de visión de quienes en vez de dar crédito a las radios facciosas, a los embajadores de la traición, de la mentira y el crimen, debieran de venir a ver sobre el terreno y de cara a la inmensidad de la hoguera que arde en nuestro solar por los cañones y el fuego del fascismo internacional, representado en España por Hitler y Mussolini.

El dolor y la sangría de nuestra Patria española se pierde a través de los lejos de nuestra comunidad de ideas y de anhelos de camaradas y amigos que cumplen en el extranjero con una solidaridad relativa y mediocre.

¿Por qué no decirlo? España, mejor dicho, el pueblo español lleva escritas con su sangre las páginas más dramáticas, más sangrientas y más heroicas que se registran en la Historia y el mundo de la democracia no ha comprendido, o no ha querido comprender este enorme sacrificio de cientos de miles de vidas inmoladas por la España leal en defensa de su libertad y de todas las libertades de Europa y del mundo entero.

La Internacionales obreras y democráticas no han hecho aún el esfuerzo que cabe esperar en esta defensa que hacemos de todas las libertades, juntos o separados; han podido y pueden hacer mucho más que lo hacen, si es que es cierta su fuerza y cierto también su espíritu.

Esos diputados laboristas que vinieron a nuestra zona y recorrieron los frentes, han hecho seguramente más que cualquier otra fuerza, porque han visto por sus ojos toda el alma española sangrando por la metralla de Hitler y Mussolini, y además de verlo por sus ojos, han visto cómo hasta a ellos les lanzaban la metralla, vibrando de indignación y volviendo a su país clamando a gritos la ayuda contra la horda invasora.

Esa presencia de nuestros amigos de la Gran Bretaña, de Francia y de otros países, les ha permitido ver en toda su intensidad lo que no habían visto más que a través de las mentiras de los vendidos al fascio.

Por eso, la atmósfera de Europa cambia y empieza a inclinarse del lado de nuestra República, pero es preciso que se ahonde en esa presión por la España libre de sus asesinos.

Lo deseamos, más aún que por nosotros, prestos a morir en la lucha antes que ser vencidos por ellos, por los demócratas de todo el mundo, que caerían también humillados y deshonrados por no haber sabido luchar defendiendo a los que luchamos por todos los pueblos del mundo.

Las condecoraciones y los hombres civiles

Por determinada entidad se lanzó la idea de que se recabase para el Sr. Ministro de Defensa Nacional la placa laureada de Madrid. En muy diversos sectores y órganos de la prensa la iniciativa encontró eco, pero según leemos en un periódico, el Comité Ejecutivo del Partido político a que pertenece Indalecio Prieto, estima que no es necesario estimular con condecoraciones a su representante para que éste cumpla con su deber.

Desligados por completo de la parte política que pueda tener la cuestión y vista la resolución desde un plano puramente objetivo, no podemos menos de señalar nuestro acuerdo con el criterio sustentado por el Comité de referencia.

Las condecoraciones están bien, perfectamente bien, para los individuos del Ejército o de la Marina, o para otras fuerzas armadas, Garabineros, Guardias de Asalto, etc., pero estimamos que no encajan, sobre todo cuando se trata de la aureada, en hombres civiles, eminentemente civiles como lo es, lo ha sido y lo será el señor Prieto. Para un político la condecora-

ción máxima es el concepto que de su actuación tenga el país. Por otra parte, las condecoraciones, que muchas veces fueron concedidas por amistad o influencia significaba muy poco para un hombre que opera en un campo de acción tan vasto y escabroso como es la gobernación de los pueblos. Bien está que el pueblo reconozca que la actuación del ministro de Defensa es admirable y que su nombre ha quedado incorporado con todos los honores que merece a la Historia de España, pero no creemos que produzca ningún efecto en su ánimo el hecho de prender de la solapa de su americana una condecoración típicamente militar. Si lo que se pretende es manifestar el reconocimiento de su magnífica labor por medio de esa distinción, creemos que hay otro medio más eficaz de demostrárselo, que consiste, y en esto sí que estará el interesado de acuerdo, en que sus órdenes se cumplan sin reservas y que cada ciudadano aporte su esfuerzo para lograr la pronta terminación de la guerra.

Con esto daríamos una verdadera satisfacción al gran político que es don Indalecio y al mismo tiempo nos beneficiaríamos todos de este auténtico y positivo homenaje que se quiere rendir al hombre providencial que ha surgido en España.

Comprensión y rectitud

Parece natural, que a medida que nuestro Ejército se adiestra y se perfecciona en unidad de combate, se compenetren con él cuantos sienten por la causa amor verdadero y noble. Pero ¡cuánto nos falta aún para querernos y comprendernos todos!

Hay personas que el recelo y la suspicacia les lleva a creer que un obrero puede estorbar su prestigio, su autoridad y su rango, cuando, por el contrario, debieran de ver en él al amigo leal y sincero que detesta a los señores, pero que quiere y venera a los jefes cuando éstos sirven al pueblo.

Y en contraste con esto, hay personas que, a su vez, no quieren ver la virtud del hombre que, siendo recto, es garantía de todos y si se dice que entre nosotros no hay más que militares al servicio del pueblo, que no es este partido ni el otro, sino el pueblo antifascista, se disgustan porque ese hombre debiera servirles a éstos con perjuicio de los otros, con lo cual le amarían unos y le odiarían otros. No hay aún entre todos la debida comprensión y la debida rectitud.

Amarga pero hermosa misión la de un Comisario político que ha de estar junto al Jefe, nunca para restarle sino para sumarle toda la voluntad y todos los entusiasmos del buque o de la unidad para que pueda emplearla en la victoria y el éxito.

Amarga, pero hermosa misión—repetimos—la de ese Comisario que, siendo puntal del Jefe, ha de bajar al llano para latir con la masa al calor de sus hermanos. Ha de hacerlo arriba y abajo, sin vanidad, conservando a toda costa su virtud y su dignidad.

Comprensión y rectitud, he ahí el lema más noble de todos los antifascistas: comprensión para comprender que en la Unidad militar la lucha y la pasión política por éstos o por los otros, rompería la unidad de la entidad militar.

Rectitud en la intención y en los hechos, mirándonos en esta guerra, no con el pensamiento y las ideas de cada uno, sino con el pensamiento y la idea de nuestra Causa, hoy común a todos los combatientes, a todos los defensores de la libertad.

¿No es hoy esta palabra la que nos une a todos? Si es así es y verdad, pongamos por debajo de ello todo lo demás y esperemos combatiendo por esa Libertad hasta que, triunfante ésta, hable en la plaza el pueblo y con él todos nosotros. Comprensión y rectitud en el alto y en el llano.

José GARCÍA

Alumno auxiliar de Artillería

La causa de la República se cofiza en alza

Acuden cada vez más abundantes a visitarnos representaciones políticas, sindicales y culturales de los más variados sectores de opinión mundial. En días recientes han cruzado la España libre—preferimos llamarla así, en contraposición a la zona esclava de los facciosos, porque las palabras «leal» o «republicana» abarcan de cierto la mayor parte del territorio que los rebeldes dominan por el terror—; han cruzado España libre, decíamos, y llegado hasta Madrid casi todos los parlamentarios extranjeros que asistieron a la histórica sesión de Cortes en Monserrat, y otros visitantes, cuyo viaje ha coincidido fortuitamente con el de aquéllos. Tal afluencia nos parece que debe ser interpretada y comentada desde tres puntos de vista, no únicos, pero sí principales.

En primer lugar, merece anotarse el testimonio, absolutamente fidedigno por su variedad coincidente, que nos traen esos visitantes acerca de lo que está ocurriendo fuera de España con respecto a nuestra lucha. No basta decir que la opinión extranjera, en general, nos es cada día más favorable: conviene con-

(Continúa en 3.ª página)



Ayuntamiento de Madrid

Buen negocio

...en vista de las dificultades que halla en el exterior, Mussolini va a concertar otro empréstito interior.

(De los periódicos)

Carlo Bruttini estaba perplejo. Transitaba a lo largo de la Riva, y al pie del puente de Schiavoni contempló el de los Suspiros y con toda la efusión de su alma, erupción, lo más espiritualmente que pudo. Si no fuera porque él era un hombre de orden, hubiera sido capaz hasta de pensar que los «comunisti» tenían razón.

Soto-segretario municipale del Partito, Capitano di «camicias negras», caporale di «arditis» e instructor di «balillas»; en todas las «retretas», en todos los actos, oficiales y particulares, se exhibía Carlo con su negra camisa de seda, sus no menos negros calzones y sus brillantes y altas botas de charol, tocado con negro gorro de airosa negra borla, todo en Carlo era negro, hasta el alma, menos el «haz de varas» y el hacha bordadas en oro sobre su pechera, y... la masa encefálica que debía tener tonalidades de serrín.

Para Carlo no había más dios que el dinero, y su vice-dios, eso sí, el Duce. Carlo era de los que creían que «il Duce sempre ha ragione», y por él era capaz de sacrificarlo todo: la vida, los hijos, que además de suyos lo eran «di la lupa», y hasta la mujer... (siendo por Mussolini, ¡qué honor para la familia!) Todo lo daría Carlo por su Duce, todo... menos «moneta». Eso no, porque el dinero era el dios de Carlo, y el Duce sólo era el vice-dios. Y sobre todo, la disciplina.

Fabricante de pastas para sopa, macarroni e canoloni, Carlo entendía que lo más importante en toda República bien organizada es la Economía nacional, que empieza por la particular, y por tanto, una lira gastada sin rendimiento, era un crimen de lesa patria, de cupónkel.

Por eso, él procuraba que las pingües ganancias que le proporcionaban los macarrones, y una sabia, tenaz y concienzuda explotación, ejercida sobre sus obreros y dependientes (¡qué gentuza! Hay que estar encima de ellos para que trabajen), se multiplicara por n, al conjuro de mágicas y sorprendentes especulaciones en la timba bursátil. Nadie con la vista de él para todo eso de alzas y bajas y tanto por ciento.

Con tales cualidades, nadie se extrañará de que el amigo Bruttini se subscribiera al «voluntario préstamo nazionale» al 5 %; y menos después de saber la «discreta» indicación que le hizo el «Comitato» local del Fascio, por tratarse de hombre de posición y además por emplearse el dinero suscrito en una empresa tan magna como la «civiltizzazione» del «Dorado» abisinio. El negocio era seguro, y además de que mandándolos allí podía evitarse el disgusto de contemplar a tantos desocupados, léa-

se sin trabajo, que no hacían otra cosa que vagabundear y crispar los nervios a los buenos ciudadanos, dentro de muy poco, el que fué imperio de Menelik, podía ser el Perú del Imperio Romano.

Ya torció el morro Carlos, cuando poco antes de cortar el primer cupón, leyó en la Prensa que la cobranza se retrasaba, por tener la «Patria» otro «negocio» entre manos, y que en cuanto lo realizara, no sería ya solo un Perú lo que se prometía, sino un Transvaal adjunto.

Los patriotas del cuponcito y los desfiles por la Piazzeta, iban a cobrar hasta el 10 por 100, mientras los plumas negras, los versagliers y los coloniales caían en Abisinia bajo las lanzas etíopes y las picaduras del anófeles.

Poco después (¿a quién se le ocurre? ¡Madona mía!), los rojos españoles se sublevan contra Franco, el generalísimo, y son tan cerrados de mollera que no quieren obedecer al «gobierno» de Burgos, Salamanca, Logroño, Pamplona, etc., etc. y entonces, claro, el Duce tiene que intervenir... para que el imperio de Julio César Tiberio

Mussolini se extienda un poquito más.

Pero los españoles no quieren aceptar la «civiltizzazione» que tan galantemente se les ofrece, y la cosa se prolonga...

Y ahora, publicaban los diarios y pancartas fascistas, un manifiesto a los buenos patriotas, que heló la sangre en las venas de Carlo...

...ninguno que sienta en su alma el ideal fascista, ningún patriota italiano de corazón, debe cobrar interés del dinero que voluntariamente (!) entregó para el engrandecimiento de la Patria. Ciudades enteras, con sus alcaldes a la cabeza, ponen a disposición del Duce los cupones de los tenedores de la localidad...

Por eso estaba tan perplejo Carlo, al cruzar el puente de Schiavoni: no creía al Duce capaz de esas jugarretas...

Siguió el camino hacia su «scrittorio». Al desembocar en la Piazzeta, junto a la columnata, un estruendo de cadenas le hizo volver el rostro: un gran piróscapo fondeaba en la dársena.

Era el «Citta di Palermo» que llegaba de Cádiz... repleto de heridos.

¡Buen negocio estamos haciendo..., pensó Carlo.

Kepa

La causa de la República se cotiza en alza

(Viene de 1.ª página)

cretar en qué estriba el cambio. Teníamos hace tiempo muchos amigos que deseaban nuestra victoria..., pero la creían difícilísima, casi imposible. Hoy, los que nos quieren, además, nos creen, confían firmemente en nuestra capacidad de triunfar. Y teníamos enemigos: los que nos desdaban y apostaban a ciegas por los sediciosos, que ya nos toman muy en serio y buscan ocasión conveniente para cambiar de postura; y los que nos temían, juzgándonos incapaces de instaurar un orden cualquiera medianamente estable, y que asisten ahora con estupor a la organización integral de un nuevo Estado, sustituto del que se nos sublevó contra la nación, y comienzan a mirar sin alarma el porvenir de esta República, que no es, como pensaban, un caos, ni un manicomio, ni un presidio suelto, ni una selva poblada de fieras sanguinarias.

Testimonio nos dan también nuestros amigos del interés creciente, ya hoy veheméntísimo, que inspira nuestra lucha en tierras lejanas. A un mitin organizado en Bruselas, nos refería Vandervelde, en el cual debía hablar el jefe del Gobierno, acudieron sólo unos cientos de personas; pero cada vez que se anuncia, en cambio, que alguien va a tratar de España en guerra, el local rebosa y hay que poner altavoces en las calles inmediatas, atestadas de gentío.

Pero el testimonio de mayor valor es el de quienes vienen aquí por segunda o tercera vez y declaran con verdadero pasmo que les

parece prodigio inaudito el cambio radical observado en un año, en cuanto a organización del Ejército, a su disciplina, homogeneidad, servicios sanitarios, prestigio de los mandos, etc., así como al orden público, recuperación y conservación de valores culturales, creación y perfeccionamiento de servicios de todo género en relación con la vida civil y autoridad creciente del Gobierno en ambos ramos: civil y militar. «No puede ser vencido, afirman rotundamente, pueblo capaz de tales milagros.»

Aquí viene, tras de ese concepto de «testimonio», el no menos interesante que sugiere todo ello como «síntomas». Aceptemos que pudiese engañarnos el optimismo cuando vemos clara la certeza, en nosotros, de la victoria. A quienes ven desde fuera las circunstancias favorables y las adversas de la contienda, ya no les es tan fácil equivocarse, y menos con tan rara unanimidad. Su opinión, ayer vacilante y desconfiada, hoy henchida de fe robusta en nuestro triunfo, es el mejor augurio de que vamos a ganar la guerra. Y lo corrobora, por si algo faltase, la coincidencia de opinión implícita y vergonzante que se delata en la desbandada de los jesuitas en la zona de Franco. Huelen en el buque el naufragio inminente esas astutas ratas fugitivas. No abandonarían la causa franquista, dijera el papa lo que dijese—las encíclicas ofrecen siempre margen a toda suerte de capciosas interpretaciones, y algunas hay, como la famosa «Rerum novarum», de la que nunca fué obedecida por los jesuitas españoles ni una línea—, si no tuviesen descon-

Retaguardia facciosa

Cada día se están presentando en nuestras filas más personas de la zona facciosa; unas veces vienen con ametralladoras, otras con automóvil. De Gijón se evadió no hace muchos días, en un pesquero, gran cantidad de gente, que ya está en nuestro territorio, y todos dicen lo mismo: *¡allí no se puede vivir!*; la situación monetaria es pésima, *¡no hay quien resista el régimen dictatorial del cabecilla Franco!*

Decía no hace mucho tiempo nuestro Ministro de Defensa Nacional que la guerra la ganaría el que tuviese la retaguardia más sana, y mientras a ellos se les va pudriendo poco a poco, la nuestra va tomando más pujanza.

Ahí tenéis a Sagunto; fué mártir toda la derrota de la traición en que fueron, con su «Debate» y su «Ya» y su jefazo, destacadísimos cómplices.

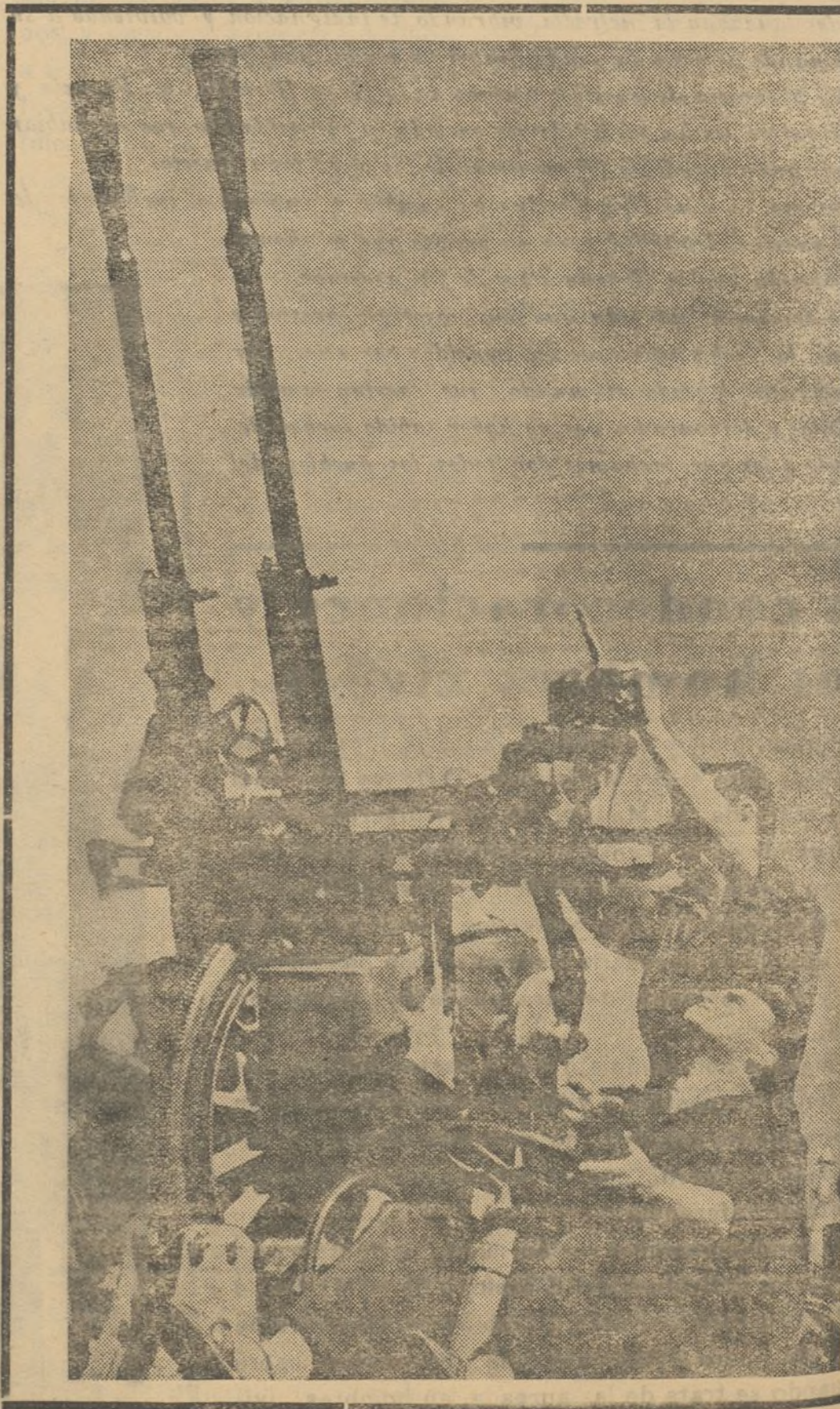
Finalmente, de esas copiosas visitas de buenos amigos extranjeros hemos de recoger algo valiosísimo: su formal promesa, todos la han hecho, de esforzarse con energía creciente por lograr que en sus países respectivos se intensifique la ayuda a España y se haga presión sobre los Gobiernos hasta restablecer, respecto a nuestro pueblo, el cumplimiento puro y simple de las normas del derecho internacional. Con esto nos bastaría para terminar la guerra rápidamente, con gran economía de sangre para nosotros y para los pueblos a quienes el monstruo fascista acecha más de cerca de lo que ellos suponen.

en la invasión de España y hoy vuelve a ser héroe y trabaja contra el fascismo, mientras que en ellos no hay nada que se pueda distinguir.

Su retaguardia va flaqueando; el puntal de su propaganda chabacana, «Queipo», ha dejado de decir sandeces, que fortalecían a los suyos de allá y de acá (emboscados). El gobierno nombrado para dirigirlos, no podía ser ni más escogido ni de peor construcción; todos los que se distinguieron en otras épocas por su despotismo, Martínez Anido... Jordana... Cervera... en fin, para qué nombrarlos...

Pero sobre todo en su retaguardia hay un detalle muy significativo, y es que los Jesuitas... los que con su dinero han llevado al caos nuestra España, los que con sus periódicos criticaban toda la labor de la República, los que introducidos en los ministerios preparaban el golpe mortal para la clase trabajadora, han acordado abandonar el campo faccioso. Hay un refrán que dice «suspiro de fraile, costal de trigo»; ellos han perdido el suspiro y el trigo; con toda su sabiduría se han equivocado esta vez. Se marchan, dejan solo a la figura de poderes divinos que estaba designada para triunfar en toda España, y si los poderes representativos de esa divinidad le abandonan, no cabe duda que estaban engañando a sus lacayos, a toda esa órbita de beatas viejas y calcas... que colocaban escapularios a los moros para que Mahoma junto a Dios vengara a los amantes de las doctrinas sociales, que son las de Jesucristo... Esa es la retaguardia enemiga... ya les queda poco.

Un estudiante



Preensiones, nada más que eso

Ya conoce el mundo las preensiones italianas expresadas en el «duce». Necesita éste mantener la atención de un pueblo con las más audaces proyecciones y al propio tiempo entregar extensiones territoriales para su explotación a los magnates de la industria. La sangre demandada para su conquista será, en el tiempo, oro puro en las arcas de los banqueros.

Con el descaro inaudito de quien sabe el triste fin que le aguarda, Mussolini reclama para él grandes extensiones en el África, hoy en poder de otras naciones o bajo su custodia y protectorado. Quiere el Imperio como un niño puede capricharse en querer una bicicleta. Para eso, blandiendo el haz encendido de la guerra, amenaza al resto de los países pacifistas o todavía no en estado de iniciar una contienda armada.

Su megalománica mente ha concebido pensamientos que la más fantasiosa e imaginación no hubieran sido capaces de producir. Dice querer revivir nuevamente el que fué el Imperio Romano. La palabra es sencillamente risible.

NUESTRA CAUSA

Cumplimiento del deber

Más que sabido es que sin disciplina no puede haber forma de organización y menos alcanzar éxito en ninguna empresa de cualquier orden, tanto de índole administrativa, político-social, gubernamental, etc., etc. Nos lo demuestra la experiencia vivida desde el comienzo de la guerra en nuestro país, provocada por los traidores a su patria y a su dignidad como militares, por lo que todas las clases liberales, anarquistas, productoras, con responsabilidad del deber y de la justicia, amantes de la paz, han tenido que dejar sus preocupaciones en el hogar todos; la fábrica, el taller, el campo, la Universidad, etcétera, muchos; todo ello para, empujando las armas, defenderse de las garras del fascismo opresor y como consecuencia indicar el camino a seguir en un movimiento revolucionario de tipo popular, nacido de las mismas circunstancias.

Disciplinados, pues, hemos de ser; desde el Gobierno legítimo de la República, sobre el que en estos dramáticos momentos recae la máxima responsabilidad, hasta el último ciudadano español que sienta nuestra causa antifascista—cuyo delito cometido es tener de nuestra parte toda la razón y el deseo de ver resplandecer la justicia apoyada con el brazo—, si queremos—como ha de ser—salir airoso de la gran

Dar vida a lo que yace enterrado bajo el peso de los siglos, no se le puede ocurrir más que a hombres cuya materia «gris» está sobreexcitada ante la magnitud de un desastre.

La posesión bajo protectorado anglo francés de las regiones sudáfricanas como barrera imposible de franquear en tanto ambas naciones actúen armónicamente por la defensa de sus intereses. Conquistar España ya ven al precio y a costa de qué les resulta imposible. Además, parte de Alemania e Inglaterra y la totalidad de Francia debieran estar bajo la desfavorable égida del país de Rómulo y Remo, para reanimar lo fenecido; amén de otras regiones.

Es decir, que Mussolini tendría que invadir el sur y centro de Alemania—hablando a «grosso modo»—. Por otro lado, Hitler proclama que la cultura alemana debe ser tan señera del mundo, por consiguiente, enseñorearse de Italia. La atribución de ambos fascismos con sus contradicciones históricas les lleva a enfrentarse en sus afanes de hegemonía.

Su fin está claro y su cercanía más de cuanto creen algunos. ¿Se ha llegado a meditar seriamente el contraste de la rigidez teutona con la flexibilidad latina...?

empresa que llevamos adelante todos los españoles con dignidad, cual es alcanzar la victoria definitiva en la guerra que pesa sobre nuestro pueblo y aplastar totalmente al fascismo que significa el terror, la esclavitud, el hambre... mientras que nosotros defendemos la paz, la libertad, la justicia, el amor, el pan con nuestro trabajo y el porvenir brillante de nuestros hijos para que mañana sean hombres cultos y trabajadores honrados, cual fruto debe ser herencia obligada en España cuando finalice la contienda a nuestro favor, desalojando de invasores nuestro territorio.

Ahora bien, tan perjudicial es la libertad atropellada por el libertinaje, como la disciplina mal interpretada que desarrolla sus funciones arbitrariamente. Pongamos atención sobre esto todos los hombres con responsabilidad del momento que vivimos y procuremos, cada cual por su parte, poner en esta magna obra de lucha contra el fascismo y por la liberación de España, el mejor buen sentido a los actos que se realicen, ordenando las cosas quienes deban ordenarlas y cumpliendo los mandatos ordenados quienes deban y como se deben cumplir, sin animosidad ni recelos por nadie en el cumplimiento de las funciones de cada cual, y acatando y cumpliendo sin vacilación las órdenes que dicte el Gobierno de la República que re-

Sección Técnica

El arma aérea en la guerra naval

(Continuación)

más de cumplir todas las condiciones antes dichas sobre un fuerte armamento de armas automáticas, ha de tener suficiente capacidad para llevar una dotación adecuada; esto es, de ocho a diez hombres. El problema de la defensa contra el enemigo aéreo sugiere otra cuestión: la del techo.

¿Es o no necesario para este tipo de hidroavión que su altura de vuelo sea elevada? Para sus principales misiones no es preciso ni conveniente, pues mientras mayor sea su altura de vuelo peor será la exploración efectuada; además, lo que importa más en esta exploración no es la proyección vertical de un posible blanco marítimo, sino la horizontal, o sea su silueta; además hemos dicho que estos aparatos han de tener necesariamente una gran velocidad horizontal, lo que es contrario a que la tenga vertical. Ahora bien: esto es un inconveniente para sus mejores condiciones marítimas, pues la gran velocidad horizontal requiere, desde luego, elevada velocidad de amaraje y despegue, y esto no nos conviene tampoco. Hay dos tendencias: la alemana, que prefiere grandes horizontales con poco techo, y la inglesa, que tiende a lo contrario. La solución más lógica sería un intermedio entre las dos. La mejor defensa de este gran hidroavión contra la caza enemiga que ataque en picado será la de aproximarse a la superficie del mar todo lo que le sea posible.

En resumen: la gran exploración ha de ser confiada a estos grandes hidroaviones de tipo pesado, gran velocidad horizontal y buenas condiciones marítimas; el mejor tonelaje habrá de ser de trece a quince toneladas, y su armamento, una poderosa artillería automática antiaérea que defiende sus bandas, proa, popa y hacia

arriba. A este hidroavión puede confiársele una misión de suma importancia en la guerra marítima, como es la protección antisubmarina, tanto de convoyes como de los buques de línea. En efecto, a un avión le ha de ser más fácil descubrir por transparencia un submarino que a un buque de superficie, y tiene sobre él la indiscutible ventaja de no ser en modo alguno torpedeable; y aunque en la Gran Guerra se dió un único caso de ser obligado un avión por el tiro de un submarino a descender, oiendo luego destruido por un destructor—y esto ocurrió en julio de 1916, en que patrullando un hidroavión inglés a lo largo de Knocke, volando a pequeña altura, fué alcanzado el radiador de su motor por los disparos de un submarino alemán, lo que le obligó a descender—; esto como excepción, no hace más que confirmarnos la regla general de que será muy difícil que un submarino pueda batir con ventaja a un avión. Claro está que precisamente por estas enseñanzas, deducidas de la pasada Gran Guerra, es tendencia moderna dotar a los submarinos de grupos múltiples de ametralladoras antiaéreas, con las cuales puedan ahuyentar a las aeronaves. Naturalmente que, a cambio de las ventajas que citamos antes, tiene el hidroavión el gran inconveniente de no tener medios de escucha y, por lo tanto, no le es posible cazar con granadas de profundidad a un submarino convenientemente sumergido. Por lo tanto, puede este hidroavión servir de escolta a un convoy, señalar la presencia de submarinos a los buques de superficie, y éstos serán los encargados de destruirlos.

Otra dificultad se presenta para los aviones que deben acompañar convoyes o buques de líneas, y es la de su escasa flexibilidad en cuanto a velocidad se refiere, pues

lo que más nos podría convenir es que alcanzase una velocidad mínima de crucero, poco superior a la de los buques de superficie, por una parte, y por otra, una máxima elevada, esto es, de 50 nudos para la primera y 100 para la segunda; tal diferencia de velocidades de unos 50 nudos, es precisa para tener en cuenta el viento, pues si bien éste influye poco sobre la velocidad de los buques de superficie, tiene gran importancia sobre un avión, disminuyendo o aumentando mucho su velocidad geográfica. Un viento de 20 m. se reduciría algunos nudos—muy pocos—la velocidad de un crucero de superficie, que navegue con el viento de proa, mientras que disminuirá 40 la velocidad de un hidro al mismo rumbo; recíprocamente, con viento de popa, aumentaría la velocidad de éste en lo misma relación.

Naturalmente, cuando nuestros hidroaviones de exploración encuentren a la escuadra enemiga, ésta se pondrá inmediatamente con el aire todos sus aviones de caza, que han de ser ligeros, de gran velocidad y manejabilidad en el aire, y cuyo techo será elevado para hacer que los hidros de exploración renuncien a su objetivo y pierdan el contacto con la fuerza enemiga; por eso no basta con estos hidroaviones, ni ellos suprimen la necesidad de los cruceros ligeros en las escuadras, que son los que con mejores condiciones y más potentes medios pueden mantener el contacto técnico con el enemigo, una vez señalado por los aviones.

Inmediatamente que los hidros de exploración descubran al enemigo, en un próximo combate, como hemos dicho, se elevarán todos los aparatos de caza enemigos, que no serán ya propiamente de caza, que, aumentando un poco su peso, sacrificando con ello la más peculiar de sus características, serán también, a ello se tiende hoy día, pequeños aparatos de bombardeo que sean capaces de averiar con sus bombas de peso mediano las superestructuras de los buques de línea, y sobre todo la cubierta de vuelo de los portaviones, que debe ser, ante todo, su primer objetivo para evitar que el enemigo pueda lanzar al aire sus aparatos. En el momento en que nuestro Almirante tenga noticias de ser avistada la escuadra enemiga enviará, a su vez, al aire todos sus aparatos ligeros de caza y bombardeo, que entablarán la lucha con los enemigos para disputarle el dominio del aire antes de llegar al contacto balístico entre las dos escuadras. Aquel de los dos contendientes que logre este dominio del aire, de indiscutible importancia en un combate naval moderno, estará en inmejorables condiciones con respecto al adversario, pues dispondrá de las ventajas que da

(Continuación)

presenta a la ESPAÑA DEMOCRÁTICA ANTIFASCISTA y por consiguiente a todos los españoles que lo son.

Si nos comportamos como debemos, todos de esta manera, llevados del mejor celo y buena intención, haremos un gran servicio a nuestro pueblo, evitaremos el libertinaje y aquellas cosas que estén en desacuerdo con la disciplina, ya que ésta no es otra cosa que cumplir cada cual con el deber que se le encomienda, respetarse mutuamente que significa educación, ampararse todos con la justicia en el mejor tono de humanidad posible y, produciéndonos así, hacer desaparecer esta pequeñez humana que significa la «soberbia» y el «orgullo», porque únicamente quitando estas taras, es como habrá más concordancia, más comprensión, más entusiasmo, rendirá más el trabajo, será

España invencible, ganaremos más pronto la guerra y, al disfrutar la paz, que el símbolo de la República refleje esta ley: Todos habéis contribuido a salvar a España; por la sangre de vuestros hermanos caídos en defensa de la libertad, uníos lealmente en estrecho abrazo los que habéis quedado con vida y, de común acuerdo, encauzad bien los destinos de la España Republicana, con la preocupación de que en vuestro seno no tengan campo abonado los que den señales de traidores a la causa de la libertad y de la justicia, porque éstos no pueden ser hijos de España.

Hagámonos dignos de ello todos los españoles antifascistas y seremos disciplinados cumpliendo nuestro deber

Antonio Bolufer
Comisario Político del
destructor «Escala»

LA ARMADA

El mejor augurio de nuestro triunfo, es la huida de las ratas jesuitas en la zona rebelde

Disciplina: tema eterno de Comisarios

¿Se ha hablado mucho de este tema? Indudablemente. ¿Se ha dicho todo? Sin duda. Pero... El pero es la gran solución para muchas cosas. Hablar de disciplina mientras estemos en guerra, no es repetirse. Es, simplemente reiterar una necesidad. Pero, concretamente, ¿qué es disciplina? ¿Consiste ésta en el acatamiento ciego de las órdenes del superior, o en el saludo pronto y respetuoso, o en la corrección del vestuario militar? Estimamos esto de gran importancia; pero, sin desdeñarlo, creemos nosotros que la disciplina es algo más íntimo, más hondo, que nace no sólo de un sentimiento militar, sino de convicciones, de reflexiones que determinan una norma de conducta y que responsabilizan al individuo.

La disciplina, al menos como yo la entiendo, no consiste en hacer de los hombres autómatas sin discernimiento; la disciplina, la autodisciplina, diríamos mejor, radica en la clara y precisa comprensión que de sus deberes tenga el soldado o el marino.

Concretamente. Una dotación de marinos conscientemente disciplinada, los cuales hayan llegado a este estado no por conducto exterior ni por medio de arrestos, sino por reflexiones íntimas, será infinitamente mejor a otra que tenga la disciplina impuesta con las ordenanzas en una mano y los arrestos en otra.

La disciplina es convicción; no imposición. Por entenderlo al revés los militares españoles no consiguieron nunca una disciplina efectiva. El soldado aceptaba forzado una solución violenta, por la cual se veía obligado a obedecer órdenes con las cuales su razón no estaba de acuerdo, por estimarlas unas veces absurdas y otras equivocadas.

Afortunadamente, las cosas, a consecuencia de la guerra, han cambiado mucho. El superior procura tener más tacto para mandar; se preocupa de que sus órdenes sean lógicas y naturales; atiende con afecto las peticiones que le formulan sus subordinados y tiene —o debe tener— gran cuidado en no herir su susceptibilidad.

El marino, como el soldado, empiezan a disciplinarse desde el mismo momento en que ven la razón de las órdenes que recibe. Saluda con más agrado, obedece sin esfuerzo porque su raciocinio no rechaza la orden. La transformación se produce lentamente. El Comisario va forjando, casi insensiblemente, una modificación en la con-

ducta del individuo. Este comprende y reconoce y poco a poco no va siendo necesaria la presencia del superior para que sus órdenes se cumplan con premura y con agrado. Pero no conviene olvidar que esta disciplina, que es la mejor y más digna, dura lo que dure la sensatez en las órdenes y la afabilidad en el trato. El hombre conscientemente disciplinado es muy sensible, por lo mismo que razona y analiza; por el contrario, el que obedece de una manera automática, como cosa muerta y sin vida, tolerará sin rechistar órdenes que vayan hasta en su contra. Gran ejemplo: sublevación actual del Ejército.

Un gran número de marinos de nuestra Flota son disciplinados por convicción. Primero, porque vive

en ellos un verdadero sentimiento antifascista; segundo, porque su razón no sufre al obedecer.

Fundamental es para la disciplina la obediencia y el acatamiento de las órdenes de los mandos. Tan fundamental es, que sin ello no hay disciplina posible. Pero magnífico sería conseguir una dotación que, además de acatar, porque es su deber estricto, su razón le aconsejase exactamente lo mismo que la orden de su superior.

Procuremos ser en todo momento conscientemente disciplinados. Pero si por desgracia no puede ser así, seamos disciplinados a secas. De no serlo, nada funcionará, y nuestros buques más parecerán jaulas de locos que unidades de combate.

P. TOUCET

Comisario Político del «Libertad»

COMPARACIONES

Alguien demasiado alegre, y que no es un marino, ha dicho que los Comisarios Políticos sustituyen hoy a los puestos que antes tenían los curas.

Esta comparación puede ser, en efecto, cierta; pero tiene que ser con la condición de que quien así lo interprete lo haga justa y... dignamente.

Partiendo de esa apreciación justa, el Comisario puede haber sustituido al cura, porque éste, en vez de representar a los más y los mejores, representaba a los poderosos, a los explotadores, a los déspotas y a los bienaventurados de la fortuna; en una palabra: en vez de representar a Cristo, representaba a los mercaderes y sus verdugos.

Por eso quizás, el pueblo, al quitar los falsos sacerdotes, ha puesto, si así se quiere, Comisarios, que no echan bendiciones ni absuelven a los asesinos, y que dan el ejemplo y el pecho ante el fuego de sus enemigos. Es un sacerdote laico que predica la paz y la fraternidad humana y que para conseguirlo lucha en primera línea con los soldados del pueblo, para aplastar de una vez a todos los enemigos de esa paz y esa fraternidad humana.

Esa y no otra es la comparación que pueden hacer en serio los que quieren comparar entre el

cura y el Comisario; es decir, que los dos se encuentran de Polo a Polo.

El uno, en nombre de un dios, sirvió siempre a los ladrones, a los explotadores y asesinos, y el otro, en nombre de un Pueblo, incita a todos al deber en defensa de ese pueblo, de su libertad y su independencia, y los leales del Pueblo, si de veras son del Pueblo, tienen que ver en él su más fiel representante.

Prestigiar al Comisario es un deber de todos y no por quienes lo sean, porque no son las personas las que deben interesar, ya que hoy lo son unos y mañana pueden serlo otros; es la función la que hay que prestigiar, porque va en ello buena parte de la Victoria. Les interesa prestigiarlo a los Jefes, porque donde hay un buen Comisario, el Jefe descansa tranquilo, por tener en el Comisario su más firme y leal apoyo, y les

interesa a los más humildes, porque tienen en él al hombre leal, del Pueblo, que es carne y sangre del Pueblo; y quienes crean que el Comisario sobra porque sustituye al cura, se equivocan, ya que el cura procedía de Roma y representaba a Roma, y el Comisario procede del Pueblo y representa al Pueblo.

El vigilante de guardia



DEL DIA

LO JUSTO

En el abigarrado conjunto de actividades de toda índole que constituyen el núcleo esencial y activo de toda nación y los movimientos psicológicos a que les someten las circunstancias de guerra, demanda capacidad, previsión y visión clara de las distintas cuestiones capitales a resolver.

La guerra, con su terrible dilema de vencedores o vencidos, vida o muerte, en donde un nimio olvido o error se paga con la existencia, exige guardar siempre, aún en los momentos en donde el oprobio con turba las facultades naturales, el dominio sereno del espíritu y la máxima y lucida presión en la inteligencia. De donde se desprende que nada es inútil, es todo factor representativo material, cuya posesión por el individuo, no vaya acompañada de anlemano por la necesaria e imprescindible capacitación.

Los entes morales sobre los que se apoyan los más audaces y valerosos progresos hasta el día conseguidos, lo son con origen natural en la confianza y en la preparación. Una y otra a ganarse con los obreros laudables y el intenso estudio. Toda base ajena a estos principios generales, tiene su lado débil o su falsa posición. Debilidad y flaqueza en las que nadie debe fiar si no quiere un día despertar dolorosamente de la realidad.

La vida, con su dura escuela, nos administra sabias y aprovechables lecciones. El hombre, socialmente, sólo vale el peso específico de sus ideas o conocimientos. Fuera de esto, todo cuanto se arguya cae dentro del círculo de la relatividad. «Un hombre vale lo que sabe...» decía Jovellanos. Inútil sería para una colectividad revestir a un simplón ignorante de los augustos atributos de la catedral; no pasaría de ser un objeto decorativo con ribetes de ridículo, que más inclinaría los ánimos a la conmiseración que a la risa.

Más no sólo bordear el precipicio, nos debe estar vedado. A los que caminan sobre base firme, el sólo hecho de levantar su catelegación de be ponerles en guardia para que no les repugne el contacto con su asiente o el viento de la adulación les eleve a una altura ficticia.

Es el hombre el que reúne las condiciones de su valía personal; la, ni le aumenta ni disminuye las diversas funciones que pueda desempeñar en el transcurso de su vida.

El teatro y sus decoraciones son nidos de suave calor desde donde la fantasía se lanza a su alocado vuelo. Por suntuoso el teatro y ricos los vestidos si los actores son expertos o inhábiles, la función resulta detestable.

En el drama de nuestra guerra todos somos actores; podremos cambiar de trajes y decorado, pero nosotros, los sufrimos. Sacrificio, abnegación y estudio son las virtudes para mejorarnos, porque lo demás...

Comunicamos a todos nuestros colaboradores, que en lo sucesivo deberán remitir sus originales a la siguiente dirección:

SECRETARIA DEL COMISARIO GENERAL DE LA FLOTA

**Muralla del Mar
núm. 7-1.º-izquierda
Teléfono 1052**

Más cantidades para rapas a los frentes

Con el ruego de hacerlas llegar al ministro de Defensa Nacional, el camarada Comisario general de la Flota ha recibido nuevas cantidades con destino a la adquisición de ropas para los frentes.

Las recibidas últimamente son: Mil pesetas de un grupo de antifascistas y doscientas del sobrante de otra recaudación en el destructor «Gravina».